

Elegía en Toledo*

I

¡Cómo nos engañó la ciudad de las piedras misteriosas!
¡Para qué abandonaríamos la altura de aquel monte calcáreo!
¡Qué cerca de aquel místico cielo estaban nuestros rostros
que dirigíamos hacia la luz fogosa de la tarde!
Y allá abajo ¡qué lejano y dormido
el engañoso laberinto de la ciudad antigua,
el leve cimbreo de los nostálgicos cipreses,
los muros —mil veces levantados— de la guerra y los dogmas,
aquel esquivo río de Elisa y Garcilaso...!

Todo era perfecto y, desde lejos,
esperábamos asistir a la contienda de la luz y la sombra
como quien espera batalla sangrienta.
Veíamos de lejos la ciudad
en que también nosotros libraríamos
sutil batalla de los sentimientos.
¡Qué gran error salir de la embriaguez
de aquella luz, de aquella altura sacra,
dejar el no sentir, el amar sin amarse!

Pero éramos humanos, demasiado humanos.
Por eso, cuando al atardecer, allá abajo,
sonó una campana
que hizo temblar las torres, los jardines,
también nosotros —puros, temblorosos—
acudimos de prisa a su llamada,
acudimos de prisa al despertar de los aromas:
aroma de acacias ancianas,
aroma robado de rosas silvestres,
aroma de tierra regada de junio
junto a la sinagoga,
violento aroma a cedros...
¡Cuchilladas de gozo en la tarde santa!

* *Del libro inédito Jardín de Orfeo.*

II

¡Cuánto dura la luz, cuánto dura la luz!
 ¡Qué júbilo más dulce en nuestras venas!
 Tienen fiebre los montes —¡tan humanos!—
 de la ciudad sonámbula.

Aquí excavaremos una tumba
 para el amor y para los adioses:
 junto a la luz morada del ciprés,
 cerca del pico del ave del color de la sangre,
 o allá abajo —más abajo aún—
 junto al río, en el soto de chopos
 que jamás hollaremos.

«Adiós», me dices una y otra vez
 al borde de la fosa del río y del ocaso.
 «Adiós», te digo una y otra vez,
 mas ni una sola hoja está temblando
 en los árboles
 y nuestras voces se van apagando, apagando...
 «Adiós», decimos siempre a esta luz
 para que el tiempo del amor sucumba,
 pero las ramas están quietas, muy quietas,
 no corre el aire, ni se van los pájaros, ni sus trinos.
 No levanta su vuelo la luz,
 que aumenta esta fiebre tan intensa
 del ser, del respirar.
 «Adiós», decimos siempre al amor,
 pero el amor se niega a partir,
 a hacerse noche.

Jamás llega la noche,
 la noche que debiera engañar el dolor de la despedida,
 la noche que muy pronto cubrirá de hielo-luna
 el oro de las cúpulas.

¡Cuánto dura la luz!
 ¡Cuánto tarda la luz en sepultarse
 detrás de aquellas lomas!
 Es como si el tiempo no hubiese pasado,
 como si aún fuese yo aquel adolescente
 que aquí mismo tejió sueños muy altos.

(Veinte años han pasado desde entonces.
 Recuerdo que fue a esta misma hora
 cuando cayó mi cuerpo derrotado

por esta misma luz en la ladera.
 Pero ¿ha pasado el tiempo, cuando yo siento igual,
 cuando a mi alrededor
 tiembla la misma atmósfera de llama?)

¡Quién me diría a mí que aquel sueño lejano
 revelaría amor, revelaría
 esta luz silenciosa que refluye,
 que es sangre de tu sangre y de mi sangre,
 inflamación de música no oída,
 amor que en el amor resiste y sueña,
 amor que en el amor su muerte ignora!

III

Deberíamos arrodillarnos lentamente esta noche.
 Deberíamos poner la frente sobre la piedra,
 los labios sobre el agua
 y callar.
 Callar como se callan los que se besan
 y, al besarse, intercambian
 sus almas.

Deberíamos arrodillarnos esta noche
 en lo más profundo del jardín
 y rogar muy despacio
 para nunca dejar de ser humanos,
 para nunca dejar de llorar en la sombra
 lágrimas de sangre feliz.

Pero nos hemos visto obligados
 a tensar más la soga del dolor y el amor,
 a penetrar oscuro laberinto de piedra.
 Y ha sido al dar la vuelta a una esquina
 cuando nos hemos visto de repente
 debajo de aquella gigantesca catedral de la luz
 que vibraba, irreal y fantástica,
 en el calor de la noche de junio.
 Sentimos la bondad de aquella hoguera de piedra,
 su ardor de astro grande, de estrella caída
 en el pozo de nuestros ojos.
 Y allí quedamos quietos, mudos y abrazados.

La catedral hacía arder razones y palabras,
 abrasaba el amor
 porque ella era todo el amor.
 Pero nos corroía la pasión,
 tan humana y tan dulce;
 pasión más poderosa que la luz,
 más fuerte que el misterio revelado.
 Y por eso no alzamos nuestros brazos
 para tocar la luz de aquellas torres,
 para ser luz por siempre.

Era el ciego amor quien nos guiaba.
 Engañados y condenados
 seguimos recorriendo el laberinto de la ciudad,
 el laberinto de los versos y de los goces,
 el laberinto de la piedra y de la carne.
 Y mientras nos extraviábamos paseando,
 no sabíamos que, imperceptiblemente,
 toda la piedra de la ciudad se tornaba en carne
 y toda la carne de nuestros cuerpos se tornaba en piedra.

IV

Iban, venían ángeles sonámbulos
 del río hasta la piedra
 con la brisa nocturna, y en lo oscuro
 temblaban como lágrimas las luces.
 ¡Nos era tan difícil arrancar la carne de la piedra!
 ¿Cómo hacerlo si acaso hasta las piedras
 eran de carne tuya y carne mía?

Respiraban despacio, muy despacio, las estrellas
 lejanas, como cálidos soplos de otros cielos,
 como almas de otros tiempos que estuviesen,
 como nosotros, ciegas, mudas, extraviadas
 de luz, con luz a ciegas temblorosas.
 Todos se habían ido de este mundo.
 Todo lo humano se había retirado del mundo.
 Entonces ¿de quién eran los latidos?
 ¿De qué corazón-noche era la música,
 el ritmo, la armonía que imantaba?

El río de la noche salpicaba
negras lágrimas de sangre helada.
El río de la noche sangraba su canción.
Iban, venían ángeles de música
con la brisa nocturna, de lo oscuro a lo oscuro,
para sellar los labios de nieve que ardían,
para sellar el corazón de vivos y de muertos,
para sellar la cúpula de las almas.

Antonio Colinas